

darse á todos tus romanos.» Rómulo se quedó pensativo.

Cada uno alegó sus derechos, sin que Sileno dejara de interrumpirles con alguna agudeza que, trayendo el elogio á los términos de la historia, pusiera las cosas en su punto. En resumidas cuentas vino á triunfar Marco Aurelio de los batalladores y de los políticos; y para compensar á los ambiciosos postergados, les permitió Mercurio vivir al lado de los dioses de su devoción. Alejandro se fué con Hércules, Octavio con Apolo, Marco Aurelio con Saturno, padre de los dioses; César divagaba, pero Venus su abuela y Marte, que la seguía aún, hubieron de llamarlo; Trajano siguió á Alejandro que, como él, sabía pelear y beber; Constantino fué á buscar á la Molicie y la Liviandad. (Aquí se echa de ver el rencor de Juliano contra quien había hecho triunfar el culto de los nazarenos.)

Ganar victorias, librar veinte mil prisioneros, edificar ciudades, administrar los recursos del tesoro de tal manera que cesaron las superindicciones, y las rebajas redujeron el impuesto por *caput* de 25 á 7 áureos (1); ocupar, en fin, en trabajos literarios el tiempo robado al sueño, eran cualidades de un hombre superior. Por eso, los pueblos que él protegía contra el fisco y los concusionarios, después de haberlos librado de los bárbaros, bendecían al joven *imperator*.

Pero los hombres puestos á su lado para dirigirlo se reconcomían de despecho y enojo contra un hombre que los hacía inútiles, atendía á todo y en todo tenía tan seguro golpe de vista que se iba siempre derecho á las mejores soluciones. Con esto, el prefecto Florencio, reducido al papel de contador, vigilado y mantenido á raya, se vengaba con cartas ultrajantes ó burlescas, dirigidas á la corte.

«Por sí mismo, escribía á sus amigos de la corte, por sí mismo Juliano es incapaz de hacer nada; Salustio es quien lo dirige todo, y con este general, Juliano llegará á ser peligroso.»

En Milán todavía se exageraban las cosas tomando pie de tan pérfidas palabras. Dispuestos resueltamente los cortesanos á sostener que Constancio había ganado en persona la batalla de Strasburgo, leían en son de burla y comentaban para irrisión los boletines de guerra del diminutivo vencedor, *victorinus*, á quien llamaban mono vestido de púrpura y topo locuaz.

En el fondo, bien sabía el emperador á qué atenerse sobre la maledicencia de sus cortesanos; pero no le desagradaba oírlos, como quiera que le causaba cierta inquietud la fama creciente de Juliano, á quien no podía ya ver con buenos ojos. Puesto que Florencio decía que Salustio hacía toda la fuerza de Juliano, separó del César á Salustio, relegándolo á un oscuro mando de la Tracia.

Juliano sintió profundamente esta medida del emperador, que le privaba de tan dulce amistad. Posemos la triste carta que escribió á «su caro amigo,» al compañero de

(1) Si reducía el impuesto, exigía con severidad los ingresos sin permitir que hubiera atrasos, verdadera plaga de las rentas romanas (A. Marcelino, XVI, 5, y XVII, 2). El tipo de 25 impuesto sobre un capital de 1,000 aureos, ó 2 1/2 por 100 del capital, era excepcional y debido á alguna circunstancia que ignoramos. Cuando á consecuencia de las guerras civiles ó de las invasiones, la industria y el comercio languidecían, los impuestos indirectos y el *crisargiro* rendían poco. Para enjugar el déficit, recargaba el gobierno la propiedad territorial, y esto es lo que debió de suceder en Galia. El tipo de 7 áureos parece haber sido el normal, pues se encuentra en 443 (*Nov. Valent.*, III, tit. V, § 4). Si el capital daba el 3 por 100, sólo quedaba al propietario, como renta, en el primer caso, 1/2 por 100, ó sea en francos, 50 céntimos; en el segundo 2,30, porque 7 por 1000 no representan más que 70 céntimos. Era para los galos una rebaja considerable, que tenían que agradecer á Juliano.

sus trabajos, al confidente de sus pensamientos, la cual termina con estas palabras verdaderamente sentidas:

«¡Plegue á la divinidad propicia guiar en todas partes tus pasos! ¡El dios de la hospitalidad te acoja con los brazos abiertos y el dios de la buena amistad te sea siempre benévolo, alumbrando las vías por donde andes y calmando las olas por donde navegues! ¡Que haya alegría á tu llegada y lágrimas á tu partida y que nos ames siempre!»

Más graves cuidados vendrán muy pronto á afligirlo; Constancio va á pedirle la mitad del ejército de las Galias.

IV.—RENOVACIÓN DE LA GUERRA PÉRSICA. JULIANO PROCLAMADO AUGUSTO. MUERTE DE CONSTANCIO (361).

Constancio había permanecido en Milán, de donde no se alejaba sino rara vez, como en 357, para una entrada triunfal en la vieja capital del mundo, que admiró mucho, pero donde el persa Hormisdas, que le acompañaba, halló que se moría la gente como en cualquiera otra parte (2), ó como más tarde para una rápida excursión contra los alamanos de la Recia y para una breve campaña contra los bárbaros del medio Danubio, cuya fácil derrota le valió el sobrenombre de *sarmático* (358).

Las querellas religiosas lo ocupaban mucho más. Quería, como su padre, gobernar la Iglesia; mas para lograr esto se necesita ser un monarca poderoso: Constantino mismo no había obtenido más que una tranquilidad relativa. En el reinado de Constancio, el imperio estuvo siempre turbado por las contiendas de arrianos y ortodoxos, de que hablaremos más adelante; contiendas, sin embargo, más ruidosas que peligrosas. Propóníase también suprimir las curiosidades indiscretas. Los magos, por ejemplo, le daban mucho miedo, y ordenó una verdadera persecución contra los que consultaban las estrellas ó los oráculos. En 359 el maestro de la infantería Barbación, muy turbado por la aparición de un enjambre de abejas en su casa, hubo de consultar á los adivinos sobre este presagio, y supo de ellos que anunciaba un acontecimiento memorable. Este acontecimiento, que el Destino preparaba, parecióle al general que no podía ser otra cosa, sino la muerte del emperador, á quien sustituiría él en el imperio, y su mujer Asiria, viéndolo ya investido de la púrpura, le suplicó en una carta cifrada que no prefiriera á la emperatriz Eusebia en razón de su belleza.

Una esclava infiel hizo llegar á manos de Constancio una copia de esta carta y he aquí cuán funestas consecuencias. Según las antiguas ideas religiosas, que abandonando los espíritus, habían dejado en ellos muchas supersticiones, un mal pensamiento era un principio de atentado, y siempre se había hecho de estas pueriles esperanzas un crimen de lesa majestad. En su virtud, Barbación y Asiria fueron decapitados, siguiendo según el uso, la suerte de los infelices esposos sus más íntimos amigos.

Estas supuestas conspiraciones que turbaban la corte no

(2) A. Marcelino (XVI, 10) da curiosos pormenores sobre esta entrada triunfal de Constancio en Roma, donde hacía treinta y dos años que no habían visto á ningún emperador; y Simaco (X, 54) sobre sus visitas á los templos paganos, su respeto á las vestales, sus larguezas para las fiestas y sacrificios públicos, los sacerdocios conferidos por él á nobles romanos, etc. A fin de halagar á los romanos por el buen recibimiento que le habían hecho, hizo venir de Egipto el obelisco que se eleva aún en la plaza de San Juan de Letrán. Nótese que á pesar de su celo arriano, Constancio no hizo nada en Roma contra el paganismo, á no ser quitar de la curia el altar de la Victoria. Había nombrado senador de Constantinopla al pagano Temistio, y envió otro pagano, el filósofo Eustato, de embajador á la corte de Sapor.

agitaban el imperio; pero un peligro inesperado amagaba en el Oriente.

Desembarazado de las guerras que lo habían retenido mucho tiempo en sus provincias orientales, reclamaba Sapor de nuevo toda la Armenia y la Mesopotamia (1). En el año 359, guiado por un tráfuga que le había entregado el plano de las fortalezas, el estado de los almacenes, y la distribución de los diferentes cuerpos del ejército de Oriente, pasó el Tigris por Ninive con un ejército que se hace subir á cien mil hombres.

Tenemos, por fortuna, para esta campaña la narración de un testigo ocular, Amiano Marcelino, que nos hará saber cómo se hacía en aquel tiempo el sitio de una plaza fuerte.

«Fué enviado, dice, con un centurión al gobernador de la Corduena, el cual me hizo conducir á lo alto de una altísima roca, desde donde podía abarcarse á la simple vista espacio de cincuenta millas á la redonda, y allí estuvimos dos días en observación. Al tercero, todo el espacio que abarcaba la vista se cubrió de escuadrones enemigos: Sapor acababa de pasar el Tigris por la parte de Ninive. Juzgando que necesitaría lo menos tres días el resto de su ejército para pasar á la orilla derecha del río, volvimos apresuradamente á los nuestros.

»Luego al punto se dió orden de encerrar el ganado en las ciudades y de incendiar los campos, donde ya se daban las mieses (mayo). Del Tigris al Eufrates no se veía luego sino un mar de fuego. Los persas querían ir directamente á la Siria para entrar á saco sus ricas ciudades; pero á la nueva de que el río había crecido de pronto por el derretimiento de las nieves (julio ó agosto), se detuvieron en la Mesopotamia y tomaron sin combate muchas ciudades, donde encontraron ingenios de guerra, cuyo manejo les enseñaron algunos tráfugas.

»En las cercanías de Amida (*Diarbekir*) fuimos sorprendidos por sus catafractarios y empujados á las escarpas del Tigris. Ursicino, nuestro general, envuelto momentáneamente, pudo al fin romper el círculo de enemigos gracias al poder y ligereza de su caballo. En cuanto á mí, tomé carrera hacia la plaza, donde penetré por una poterna. Siete legiones, dos de ellas galas, se encontraban allí, con el cuerpo de los arqueros, *sagittarii comites*, compuesto de bárbaros muy diestros en el manejo del arco.

»El día siguiente, al despuntar la aurora, todo el horizonte resplandecía al brillo de las armas; innumera caballería, guarnecida de hierro, cubría la llanura y los collados y desplegada al aire ondeaba, como una lengua de fuego, la bandera roja llamando á la pelea.

»Por delante de los escuadrones aparecía Sapor, dándose á conocer con su tiara de oro cuajada de pedrería y el brillante cortejo de reyes y príncipes que lo rodeaban. Y avanzó soberbio, y tan cerca llegó de la muralla, que una flecha traspasó un paño de su púrpura. Consideró Sapor el hecho como un atentado contra la majestad de los reyes; y muy luego otro hecho idéntico ó parecido vino á aumentar su indignación y coraje. Enviado Grumbates, rey de los quionitas, á intimar la rendición de la plaza, se acercó á los muros, precedido de hombres que llevaban caduceos, según la usanza. La guarnición le contestó con una granizada de flechas, quedando entre los muertos el hijo de Grumbates.

(1) A. Marcelino (XVII, 5) ha conservado la carta de Sapor, que se titula *hermano del Sol*, y la contestación de Constancio «á su hermano el rey Sapor.» Como se ve, la fórmula cortesana que usan los reyes modernos, unos con otros, tiene ya fecha. El estilo de Amiano Marcelino es bastante difuso, y abreviamos la narración que hace del sitio de Amida.

»Durante siete días estuvo de duelo el campo de los persas; duelo extraño, en que alternaban los festines y las danzas, los cantos fúnebres y los lamentos de las mujeres. Todos juraron que la completa destrucción de la ciudad sería la expiación ofrecida á los manes del joven príncipe.

»La noche que precedió al primer ataque, el ejército enemigo rodeó toda la plaza, y al rayar el día vimos cinco líneas de infantería cubiertas con escudos, detrás de estas líneas un número infinito de jinetes, elefantes que llevaban torres guarnecidas de combatientes y las máquinas de guerra tomadas por los persas en nuestras ciudades.

»A la señal dada por Grumbates, que lanzó al aire un dardo ensangrentado, el ejército entero se precipitó hacia los muros como un turbión formidable: los dardos volaban y herían; los heridos y muertos son numerosos; pero por ambas partes era igual el ardor y el combate continuó hasta el anochecer.

»El día siguiente, al rayar el alba, dieron la señal las trompetas y volvió á comenzar la pelea, y así los demás días. Las flechas caían como el granizo en el estrecho recinto en que estaban aglomerados veinte mil hombres, y en ellos hacían víctimas, cuyos cadáveres descompuestos vinieron á producir un nuevo azote, la peste.

»Sin embargo, el enemigo preparaba sus medios de ataque; pero nuestras salidas y los disparos de nuestras máquinas desbarataban sus obras é impedían sus trabajos. Un día vimos llegar al campamento enemigo una multitud de cautivos: eran los habitantes de la ciudad de Ciata que los persas habían reducido á esclavitud. Cuando les faltaban las fuerzas á aquellos infelices, fatigados por la longitud del camino, les cortaban los jarretes y los dejaban morir abandonados. Este espectáculo exasperó á nuestros galos, á quienes difícilmente se podía contener, y cerrada la noche salieron silenciosamente de la plaza, penetraron en el campamento enemigo é hicieron espantosa carnicería; y todavía hubieran llegado al cuartel real, como se habían propuesto, á no haberse levantado en armas todo el ejército á las voces y lamentos de los heridos. Nuestros galos retrocedieron sin volver la espalda, y para detener la multitud armada que se venía sobre ellos, tuvimos que valernos de un ardid: las trompetas tocaron por toda la ciudad llamando á la guarnición á las murallas, y las balistas, los escorpiones, las catapultas, todos los ingenios puestos en movimiento, jugaron en seco ó sin carga, pero el ruido de las máquinas inquietaba y contenía al enemigo, á quien no podíamos atacar de veras por no ofender también á los nuestros.

»El ardid fué eficaz: nuestros galos menos perseguidos pudieron entrar en la plaza al romper el día. Habían tenido cuatrocientas bajas; pero hubieron ellos de hacer tantas al enemigo, aun de personajes de alto rango, que tuvieron los persas que pedir un armisticio de tres días para llorar y enterrar sus muertos.

»Durante mucho tiempo se habló de esta hazaña, cuyo recuerdo consagró el emperador erigiendo en la plaza pública de Edesa las estatuas de los oficiales galos que mandaban aquella intrépida tropa.

»Entre los persas, al duelo sucedió luego la cólera y emprendieron con mayor ahinco las obras de aproche. Se protegieron con manteletes de mimbre para acercarse á zapar al pie de la muralla, arrimaron á ella sus arietes para batirla en brecha y torres de madera revestidas de cuero fresco y láminas de bronce y coronadas de balistas, que, dominando los muros, debían apartar de ellos á sus defensores.

»Al rededor de la ciudad sólo se veía un horizonte de hierro. Nuestras máquinas, sin embargo, introdujeron el

desorden en las filas enemigas: todos nuestros disparos resultaban certeros, ni uno solo se perdía. Pero los proyectiles de sus torres nos hacían también mucho daño. Durante una noche oscura logramos, á costa de grandes esfuerzos, poner en batería cuatro escorpiones, cuyas hondas de hierro lanzaron contra las balistas de las torres enormes masas de piedra que las rompían, mientras vasos llenos de pez encendida y betún inflamado prendían fuego á las obras, y los elefantes alcanzados por nuestras antorchas retrocedían en desorden sobre las masas de hombres, sin que fuera parte á contenerlos el esfuerzo de sus conductores.

»Aunque el uso retiene al rey lejós del peligro, el persa hubo de arrojarse en lo más recio de la acción. Habiéndose roto sus máquinas, volvió al medio más lento, pero también más seguro, de una terraza levantada frente á la muralla. Para batirla hicimos nosotros obras que dominaban la suya.

»Por desgracia, un día se vino abajo este armazón y sus despojos llenaron el intervalo que separaba el muro de la terraza. Los persas se precipitaron sobre este paso inesperado y penetraron en la plaza, donde continuó todavía la lucha mucho tiempo.

»Los sitiados que sobrevivieron á la atroz carnicería, fueron cautivados, salvo el conde Eliano, los tribunos y los *protectores*, que Sapor mandó colgar: era la expiación prometida á los manes del hijo de Grumbates.»

Amiano Marcelino logró escaparse (359) (1). Amida se había resistido setenta y tres días y su toma costaba á los persas treinta mil hombres: Sapor no se encontró ya en estado de emprender otro empeño y volvió á su reino. Pero animado por el éxito, salió otra vez á campaña, después del invierno, con un poderoso ejército, y se apoderó de Singara, que destruyó, y de Bezabde, que fortificó.

Los tráfugas romanos que se habían pasado á su campamento le hicieron comprender que la toma de ciudades importantes valía más, para la extensión de su imperio, que victorias en campo raso y el más rico botín. Alarmado Constancio se trasladó á Oriente y ordenó á Juliano que le enviara la mayor parte de sus auxiliares, con trescientos hombres más, escogidos en los demás cuerpos (2).

La orden era justa, como quiera que el interés del imperio exigía que las legiones de las Galias, que no tenían ya enemigos que combatir, contribuyeran á salvar las provincias orientales; pero la orden del emperador llevó la consternación al ejército y á las provincias. Los auxiliares se habían alistado á condición de no servir más allá de los Alpes, y los legionarios, naturales casi todos de las Galias, se espantaban á la idea de ir al fondo del Asia, de donde no volverían, aun siendo vencedores. Muy luego se comenzó á murmurar y circularon libelos contra Constancio en las dos legiones de celtas y petulantes «y en ellos se leyeron las quejas de la Galia abandonada.»

Previendo Juliano la resistencia aconsejó á los enviados que le habían llevado el rescripto imperial que no reunieran las tropas, y sobre todo que no las hicieran pasar por Lutecia, donde él residía. Creyeron los enviados que se ocultaba un lazo bajo este consejo de prudencia y exigieron que fuera el mismo César quien diera la orden de la

(1) Todos los prisioneros nacidos allende el Tigris fueron degollados (Am. Marcelino, XIX). Se tomó al final del invierno, *autumno precipiti*. La invasión había, pues, durado seis meses, lo menos.

(2) Al decir de Juliano, había enviado ya cuatro cohortes de infantería y tres alas de caballería, más dos legiones (*Carta á los aten.*, 10). Am. Marcelino encontró á orillas del Tigris á un parisiense que había desertado del ejército persa.

partida. Juliano persuadió á los soldados á la obediencia y se despidió de ellos hablándoles al alma; les dió grandes carros para sus bagajes, sus mujeres y sus hijos, y volvió á palacio bien resuelto á deponer la púrpura para no responder de los males que iban á caer sobre la Galia desguarnecida de soldados.

El resto del día se pasó bien, sin gritos ni tumultos; sólo se veía crecer la agitación en el campamento, formarse grupos al rededor de improvisados oradores y disolverse para volverse á formar. A la puesta del sol, parecía haberse tomado una resolución; reinense todos, bajan al palacio, lo rodean y millares de voces lanzan el tremendo grito: «¡Juliano Augusto!»

Cuando estos clamores llegaron á su oído, estaba Juliano encerrado en apartado aposento, inquieto é indeciso, viendo á dos pasos de él la muerte ó el trono. Para terminar sus vacilaciones, se dirigió á los dioses. «Por una estrecha abertura, dice, levanté la vista al cielo y prosternándome ante Júpiter, le supliqué me diera auxilio, que me concedió al momento.» Juliano sintió, después de su ruego, bajar á su ánimo una fuerza nueva que hizo ceder su resistencia. Era la resolución á que se inclinaba la que se decidió en su espíritu, y como sucede siempre, tomaba el secreto impulso de su corazón por un signo de la voluntad divina.

Presentóse á los soldados, les prometió cinco monedas de oro por plaza, con una libra de plata, y como no había diadema, un porta-estandarte le rodeó su collar á la frente:

La revolución no costó una gota de sangre. Dejó á los adeptos de Constancio partir libremente, y envió á la mujer del más peligroso de sus adversarios, el prefecto Florencio, el diploma necesario para que se sirviera de la posta pública (marzo ó abril de 360).

Era una usurpación: Juliano no la había enérgicamente combatido, ni artificiosamente preparado. Las exigencias de Constancio habían hecho los rebeldes; la gloria y la popularidad del César hicieron un emperador. Después de una resistencia que salva su honor y su filosofía, cedió; pero no puede decirse, con Gregorio Nacianceno, que se coronó él mismo para invadirlo todo.

Cuando se penetra en el fondo de este espíritu se ve muy bien que jamás deseó el poder: todas sus cartas lo atestiguan. «Tres ó cuatro filósofos, escribe, pueden prestar más servicios al género humano que un gran número de reyes (3)» Su ambición suprema era la filosofía; pero ya se mezclaba el deseo de hacer triunfar esta filosofía y la religión que había sacado de ella.

Juliano esperaba que Constancio ratificara el voto del ejército y que podría evitarse la guerra civil. Al propósito, le dirigió una relación verídica de todo lo que había pasado. Su carta era firme y digna: le prometía continuar siéndole fiel, aceptar de su mano un prefecto del pretorio y enviarle algún refuerzo militar.

Las legiones, por su parte, escribieron también suplicando al emperador que dejara al César el título de Augusto. Como había sucedido un siglo antes, la Galia, por medio de los soldados, que eran casi todos hijos suyos, pedía un gobierno nacional.

El emperador recibió estas misivas á mediados de 360, en Cesarea de Capadocia, donde se preparaba á marchar en son de guerra contra Sapor. A fin de ganar tiempo contestó con moderación, quiso persuadir á Juliano á contentarse con el título de César, y le exhortó á que recibiera bien á los oficiales que le enviaba para desempeñar varios cargos en la administración del ejército de Occidente.

(3) Carta á Temistio, § 8.

Cuando su mensajero, el cuestor Leonas, entró en Lutecia, Juliano, sin discutir nada con él, reunió á los soldados y mandó darles lectura de la carta imperial. Los soldados interrumpieron la lectura á los gritos unánimes de «¡Juliano Augusto!» «Ya lo estás viendo, dijo á Leonas; el ejército, no yo, es quien se niega á obedecer.» En contestación al cargo de ingratitud contenido en la carta imperial, se limitó á decir: «Es verdad; yo era huérfano cuando Constancio subió al trono y él sabe algo de esto.»

Sin embargo, para mostrar su deferencia y su deseo de paz, aceptó el oficial que se le había impuesto como prefecto del pretorio; pero despidió á los demás, «conviniéndole, escribía, elegir por sí mismo á los que debían servir á sus órdenes.»

El rompimiento era inevitable. Eusebia acababa de morir: habríamos querido, y es posible, que no hubiera visto este rompimiento de los lazos que ella misma había formado (1).

Después de una inútil campaña en la Mesopotamia, donde había procurado, sin éxito, recobrar la plaza de Bezabde, volvió Constancio á invernar á Antioquía. Allí ocupó sus ocios en trabajos de ornato público, para acabar de embellecer esta capital de las provincias sirias y los estanques de Seleucia que le servían de puerto, pero también en fiestas y regocijos de un tercer himeneo y en querellas con sus obispos, deponiendo á éste, desterrando á aquél, sin ver que en vísperas de una guerra civil, hubiera sido de su interés asegurar la paz de las almas.

Sin embargo, estaba resuelto á entrar en campaña, la primavera viniente, contra el nuevo Magnencio: al efecto, reunía tropas, ordenaba grandes acopios de víveres en las fortalezas de los Alpes occidentales y por medio de secretos emisarios procuraba lanzar á los alamanos sobre la Galia (2), queriendo así encerrar á Juliano en sus provincias.

La última carta imperial prometía al César la vida á cambio de una sumisión absoluta. Este altivo lenguaje no tenía la virtud necesaria para intimidar al Augusto galo, el cual preparó la lucha con una firmeza tranquila y previsor. Concedió una amnistía general á los partidarios de Magnencio, que siete años hacía vivían ocultos en Galia ó entre los germanos con el odio de Constancio: era adquirir auxiliares interesados por el triunfo de su causa.

Para que sus provincias no tuvieran nada que temer durante su ausencia, empleó tres meses en visitar las orillas del Rin, fortificando ciudades y castillos, guarneciéndolos de hombres y víveres y mostrando de cerca á los bárbaros los estandartes romanos, bien seguro de inspirarles un temor respetuoso. Volvió por el valle del Doubs visitando de paso las plazas fuertes de Mandeure y Besançon, que defendían contra los alamanos la entrada del valle del Ródano, y se detuvo en Viena, desde donde vigiló, durante el invierno, los pasos de los Alpes.

Los galos le daban de todo: dinero, provisiones, soldados; Juliano iba á dejarlos para defenderlos á su amigo Salustio, que á la noticia de los acontecimientos de Lutecia había vuelto á su lado. Resuelto á tomar la ofensiva, se hizo preceder de un manifiesto que debía atraer á su causa

(1) Am. Marcelino dice á propósito del casamiento de Constancio con Faustina, á fines de 360: *amissa jam pridem Eusebia* (XXI, 6).

(2) Véase en Am. Marcelino (XXI, 3) la historia del rey alamano Vadomar, que se entendía con Constancio para hacer traición á Juliano y una de cuyas cartas fué interceptada. Juliano, en su *Carta á los alamanos*, y Sozómenes (V, 2) atestiguan las solicitudes hechas por Constancio á los alamanos para decidirlos á invadir la Galia.

á todos los paganos de Grecia y Asia (3). Poseemos el que dirigió al senado y al pueblo de Atenas: en él refería su vida, sus campañas, su elevación, los asesinatos ordenados por Constancio, y confesaba claramente su fe en los antiguos ritos.

En aquel tiempo corría un oráculo entre los paganos anunciando que los sortilegios de que se había servido Pedro para hacer adorar á Cristo perderían su poder al cabo de trescientos sesenta y cinco años. Acercábase esta fecha, y acaso no ignoraba el oráculo Juliano, que pudo creerse designado por la Sibila para ser el vengador prometido de los olvidados dioses.

Los soldados que se habían sublevado por no salir de la Galia, consintieron de buen grado en pasar los Alpes y el Rin al mando del que ellos mismos habían elegido. Juliano hizo de su ejército tres cuerpos: uno se dirigió á los Alpes y á la alta Italia; otro á la Recia y la Nórica, y con el último, compuesto de tres mil hombres escogidos, penetró Juliano en el Schwarzwald y llegó al Danubio. Sirmio era el punto designado para la concentración. Los cuerpos debían dirigirse á este punto á marchas forzadas, á fin de no dar tiempo al enemigo para organizar la defensa. La flotilla del Danubio, sorprendida y apresada, lo llevó en once días, sin combate, hasta la Panonia (4).

Los pueblos ribereños, que acudían á ver pasar á los soldados galos, saludaban con sus aclamaciones al joven general, ya famoso por sus victorias. Sirmio no le hizo resistencia: su vanguardia, conducida por Dagalaif, fué á sorprender en ella al maestre de la caballería de Constancio, y cuando Juliano se acercó, el pueblo y los soldados salieron á recibirle con antorchas y flores. Llegaba antes de que supieran que había partido: era la rapidez del primer César.

Sin perder tiempo, hizo ocupar fuertemente á Naiso, donde se estableció, y el paso de Sucos, desfiladero que separa el Rodope del Hemo, y la Iliria de la Tracia. Y ¡cosa extraña! Constancio no había preparado nada para mantener esta importante posición, como tampoco para cerrar los pasos en los Alpes de Italia y de la Nórica (5).

Seguro de su fortuna en las guerras civiles, de que había triunfado siempre, se había curado poco de su nuevo rival, juzgando que la guerra de la Galia no sería más que una partida de caza, y había cumplido con su deber de emperador empleando el estío de 361 en su última expedición á Mesopotamia contra el enemigo del imperio. En Edesa se hallaba con mucho sosiego cuando recibió la mala noticia de que Juliano se había apoderado de la Iliria.

Buena prisa se dió entonces en volver á Antioquía, y aunque en mal estado de salud, se puso en camino para Europa.

En Tarso le dió un ataque de fiebre, y en Mopsucrene expiró, sólo algunos días después de haber recibido el bautismo. Tenía cuarenta y cinco años de edad (3 de noviembre de 361) (6).

(3) En Viena, donde pasó el invierno de 360, todavía asistió á la fiesta cristiana de la Epifanía en la iglesia de esta ciudad (Am. Marcelino, XXI, 2). Algunas semanas después, ofrecía un sacrificio secreto á Belona, *placata ritu secretiore Bellona* (Ibid., 5).

(4) Zósimo III, 10, y Mamertino, *Paneg. veter.*, XI, 8. Véase en Sozómenes, V, 2, qué puerilidades aceptaban los cristianos con toda confianza: el rocío que caía en el vestido del príncipe y de los soldados trazaba cruces y en las entrañas de una víctima apareció á Juliano una cruz coronada. La credulidad puesta al servicio de la pasión era la enfermedad del tiempo.

(5) Dos legiones de Panonia, que permanecieron fieles á Constancio, se refugiaron en Aquilea, cuyas puertas abrieron á la noticia de la muerte del emperador.

(6) Desde el año 359 se venía hablando de su próximo fin (A. Mar-

Gregorio de Nacianzo acusa á Juliano de haberlo envenenado; calumnia que agradaba al irritable obispo, pero que ni los autores eclesiásticos se han atrevido á reproducir.

Amiano Marcelino reconoce en Constancio algunas buenas cualidades, que pertenecen más bien al hombre que al príncipe: honestas costumbres, sobriedad, y afición á las letras, pero también una superstición de vieja y verbosas sutilezas con el clero; una avidez fiscal que desoyó siempre los clamores de las provincias, abrumadas de impuestos; una política excesivamente suspicaz que imponía pena de muerte hasta á los inocentes, y por último una crueldad que superaba la de los mayores tiranos, pues se complacía en los más ingeniosos refinamientos de la tortura para hacer que durara el suplicio hasta los límites extremos de la vida.

He aquí el verdadero retrato de este príncipe trazado

por un contemporáneo, que amaba á Juliano, pero amó más la verdad.

Dícese que en su lecho de muerte designó Constancio á Juliano por sucesor suyo. Vencedor sin combate y último vástago de la raza Flavia, no necesitaba Juliano esta designación: nadie vaciló un momento en reconocer al rebelde de ayer por príncipe legítimo.

Los condes Teolaifo y Aligildo le llevaron el juramento de fidelidad de los ministros, de los generales y de la corte; Constantinopla le hizo un entusiasta recibimiento (11 de diciembre de 361) y el senado de Roma, que en otro tiempo había recibido mal una memoria de Juliano contra Constancio, se apresuró á reparar esta falta de políticos, ordinariamente más hábiles en adivinar el punto por donde debía de soplar el viento, expidiendo el senadoconsulto que parecía conceder á Juliano los honores imperiales.

CAPITULO CVI

LA CUESTION RELIGIOSA DURANTE EL IMPERIO DE CONSTANCIO

I.—EL PAGANISMO Y LOS ADIVINOS

La reacción religiosa que Juliano procuró operar es el hecho más importante de su reinado. Para comprender este error es preciso recordar la vida que se le había impuesto hasta su advenimiento y conocer el estado religioso del imperio durante el reinado de Constancio. Hemos demostrado que los peligros que amenazaron la juventud de Juliano, su odio á la religión de sus perseguidores y su amor á las letras griegas y á la filosofía lo habían llevado naturalmente al helenismo desde muy temprano: quedanos hacer ver cómo al espectáculo de las disidencias de la Iglesia y de las audacias de lenguaje de ciertos obispos, el pagano convencido, dueño ya del mundo romano, pudo creer que la tranquilidad del imperio exigía que combatiera la revolución cristiana y el espíritu de independencia del clero, con una restauración del antiguo régimen y de la autoridad imperial.

Para la historia del reinado de Constancio, la cuestión es doble, porque había dos religiones en el imperio, y aun pudiéramos decir tres: el paganismo, la ortodoxia de Nicea y el arrianismo con todos sus matices. No es que los paganos se agitaran; tenían la posesión legal é histórica: un prefecto de Roma llamaba á su culto la religión del imperio y no formaban en ninguna parte comunidades organizadas para la resistencia ó para el sacrificio. Pero el gobierno estaba contra ellos y Constancio no tenía un ánimo bastante firme para atenerse á la política tolerante de su padre. Del palacio imperial partían de vez en cuando palabras amenazadoras, que autorizaban la persecución contra las personas ó á lo menos, por aquí y por allá, el pillaje y la destrucción de los edificios del antiguo culto.

Libanio afirma que Constancio prohibió los sacrificios y que destruyó los templos. Era un retórico y la regla del género que cultivaba tan bien era transformar los hechos particulares en hechos generales. Como había habido durante dos siglos violencias locales contra los cristianos, las

celino XVIII, 3). La emperatriz Faustina estaba en cinta y dió á luz una hija, Constancia, que vendrá á ser esposa de Graciano.

hubo en tiempo de Constancio contra el culto pagano y probablemente en número considerable. Pero ¿qué pensar de muchas leyes conservadas en el *Código Teodosio* y que proscriben formalmente el paganismo? Sobre este asunto se ha discutido largamente. La de 341 inspira muchas dudas. Las constituciones de 346 (?) y 356 (?) son igualmente sospechosas (1). Las admitimos, sin embargo, porque muchos testimonios comprueban su existencia y Amiano Marcelino alude á ellas hablando de los decretos contrarios expedidos por Juliano.

Dábanse estas leyes para satisfacción de aquellos cristianos que, como Fírmico Materno, reclamaban despojos, ruinas, el aniquilamiento de la impiedad idolátrica. «Derribad los templos, decía á Constancio, y en su lugar elevad los trofeos de la victoria.»

Pero la ejecución no siguió á la amenaza, á no ser en ciertos lugares, y á pesar de sus términos terribles, estas leyes quedaron sin eficacia.

Los ejércitos de Magnencio y de Eugenio se componían sobre todo de paganos y las tropas de Juliano manifestaron la mayor alegría cuando hizo pública profesión de paganismo.

En 353 suprimió Constancio los sacrificios nocturnos que Magnencio había autorizado; no habló de los sacrificios públicos que Constantino había conservado, que el usurpador no había prohibido ciertamente y que escandalizaban mucho más á los cristianos.

Cuando pocos meses después de la ley de 356, fué el emperador á Roma, ordenó que se quitara de la curia el altar de la Victoria para que no se hicieran en su presencia las libaciones acostumbradas; pero no tocó á los privilegios de las vestales, distribuyó sacerdocios, consignó dinero para las ceremonias, y acompañado de todo el senado, visitó los santuarios de los dioses, leyó tranquilamente las

(1) *Cod. Teod.* XVI, 10, 4 y 6. Lusaulx (*Untergang des hellenismus*) y Haenel (*Corpus jur. antejustin.*) tienen por auténticas las dos leyes de 346 y 356 que prescribían la clausura de los templos y prohibían los sacrificios bajo pena de muerte. Beugnot y el duque de Broglie (III, 364) aceptan las conclusiones de La Bastie, que juzgaba que si, en efecto, se dictaron estas leyes, no se ejecutaron ciertamente.

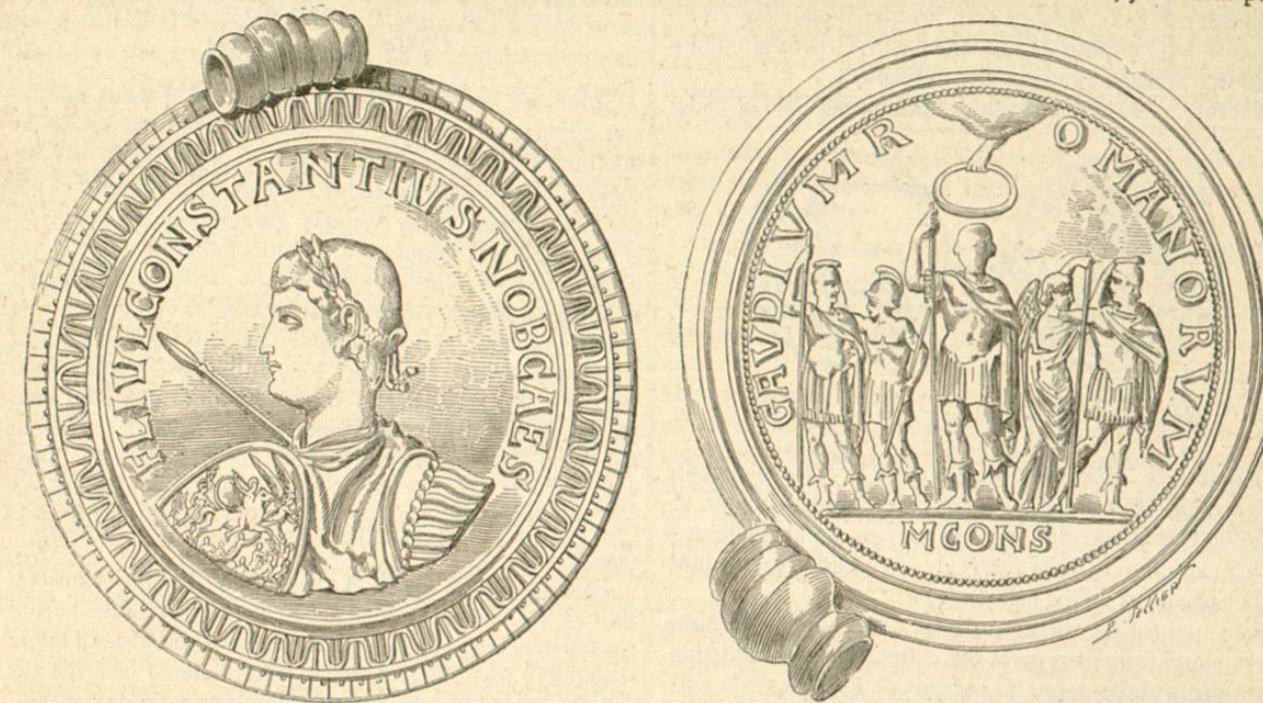
inscripciones grabadas en su nombre, se hizo contar la historia de cada templo y elogió á los que los habían fundado. «A pesar de su adhesión á otro culto, respetó el del imperio (1).»

Símaco tenía el derecho de hablar así: el paganismo era aún tan poderoso en esta ciudad que un sofista de mucha fama, familiar de toda la nobleza romana, perdió su popularidad el día en que se hizo inscribir entre los catecúmenos. Para Constancio, el colegio de los pontífices tenía siempre los poderes de los magistrados religiosos del culto nacional, y una ley de 358 regula la elección del gran pontífice de la provincia de Africa.

Constante, tan celoso por la ortodoxia... en los Estados

de su hermano, dió la prefectura de Iliria á un pagano muy devoto de los dioses y prohibió la destrucción de los templos situados en las cercanías de Roma. En la ciudad todos los templos permanecían en pie, y Menfis, Alejandría y Antioquía los conservaban también como la vieja capital del mundo. La una tenía su buey Apis, siempre venerado, la otra su gran templo de Serapis, lleno aún de bellas cosas que Marcelino admiró, y la estatua de Apolo Dáfneo, que competía en magnificencia con las obras más famosas del arte pagano, se alzaba á las puertas de la gran ciudad siria, la que había tenido los primeros cristianos.

Cuando Juliano entre en Antioquía, verá elevarse de muchos altares el humo de los sacrificios, y celebrar pom-



Medallón de oro de Constancio II (Museo de Viena)

posamente la muerte triunfante de Adonis, símbolo de la mies que cae al corte de la hoz para renacer algunos meses más tarde en nueva mies.

«En Alejandría, dice un contemporáneo, se adora á los dioses con fervor; los templos están ricamente adornados y son numerosos los sacerdotes y los arúspices... Heliópolis, Olimpia, Atenas, Eleusis, Amiclas, conservan sus santuarios, etc.» y se continúa interrogando el porvenir á orillas del lago sagrado de Afaca. El Júpiter de Fidias está aún en Olimpia, la Minerva Poliada en el Partenón y los griegos celebran todavía sus cuatro grandes juegos y hasta sus misterios.

El orador oficial de Constancio, Temistio, pagano, á quien había hecho senador, como á otro pagano envió de embajador á Persia, representa á Egipto resplandeciente en la fiesta de la Minerva de Sais, con el esplendor de las luminarias; y los paganos de Alejandría serán bastante numerosos en 362 para provocar un sangriento tumulto por una sola palabra de desprecio que el obispo dirigirá, al pasar, al templo de Alejandría.

En Bostra el número de los idolátras era igual al de los cristianos, y el más célebre de los paganos de aquel tiempo,

(1) Símaco (*Cartas*, X, 54), Am. Marcelino (XVI, 10) y el autor anónimo de una descripción del mundo que visitó la ciudad eterna en aquel tiempo, hablan lo mismo... *Colent et deos ex parte Jovem et Sollem* (Hudson, *Geogr. minor.*, III, 15).

Libanio, abrió sucesivamente escuelas en Constantinopla, en Nicomedia y en Antioquía, sin ser nunca molestado.

No debe sorprender esta persistencia del antiguo culto; lo contrario sorprendería antes bien, como quiera que no hay cambios repentinos en la historia; hasta las revoluciones, comparadas con el trueno ó el rayo, fueron lentamente preparadas y no se completan sino con el tiempo. El filósofo Citras, de Alejandría, acusado, en 359, de haber interrogado á los adivinos, fué absuelto cuando hubo demostrado que desde su infancia sacrificaba á los dioses y que consultaba los oráculos, no por ambición ni curiosidad sacrilega, sino por tener propicia á la divinidad.

El último de estos hechos confirma los precedentes y nos conduce á lo que fué la verdadera persecución bajo el imperio de Constancio, á la guerra que hizo á los locos que las artes mágicas ó la astrología atraían. En estos hombres que procuraban penetrar los destinos del imperio, veía, como su padre, como todos sus predecesores, agentes de conspiración, á los cuales aplica el nombre que tres siglos antes daba Neron á los cristianos, «enemigos del género humano.» Impuso pena de muerte con todas las torturas á todos los que, grandes ó pequeños, interrogaran el porvenir á los adivinos y augures: *sileat... perpetua divinandis curiositas* (358) (2).

(2) *Cod. Teod.*, IX, 16, 4, 5: *...sit epuulo deditus unguis que sulcantibus latera*, y 6, *ann. 357 y 358*. Plinio el Antiguo (XXX, 1 y si-